

Sergio Visacovsky,

*El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica*

*y psicoanalítica argentina,*

Buenos Aires, Alianza, 2002, 355 páginas

¿Cómo se construye y legitima una memoria institucional? ¿De qué manera y por qué se cruza esta memoria con la historia política reciente? *El Lanús* de Sergio Visacovsky intenta responder a estas preguntas desde dos niveles que se entrecruzan en la estructura del texto. Por un lado, Visacovsky nos cuenta la historia del casi mítico servicio de psicopatología del hospital Evita, antes llamado Gregorio Aráoz Alfaro (y antes aún Evita), más conocido como el “Lanús” (y mantengo las comillas porque como señala Visacovsky, referirse al servicio como “el Lanús” está muy lejos de ser inocente). Este servicio, dirigido por Mauricio Goldenberg desde 1956 hasta 1972 ha ocupado un lugar muy particular en la historia de la psiquiatría y en particular del psicoanálisis en la Argentina. Se trató, si no del primero, sí del más famoso de los servicios de psiquiatría instalados en hospitales generales luego de la caída de Perón y como consecuencia de las políticas modernizadoras que las autoridades de la llamada Revolución Libertadora aplicaron en el área de la salud mental. El establecimiento de este tipo de servicios, y en particular del “Lanús”, abrió un importante espacio para la difusión del psicoanálisis (o más bien, y en un sentido más amplio, de una cultura “psi”) a lo largo de la década de 1960.

Goldenberg era un médico psiquiatra de ideas progresistas y se le atribuye el mérito (no menor en un país como el nuestro) de haber introducido el psicoanálisis (o al menos una forma psicoanalítica de pensar el paciente) en el hospital general. Pero en realidad Goldenberg representa más que eso y su figura ha adquirido en lo que podríamos llamar la memoria oficial del servicio y en una cierta manera de pensar la historia del psicoanálisis la estatura de un verdadero “héroe civilizador”. Como veremos, Visacovsky reconstruye hábilmente los hilos de la creación de este mito. En este sentido este volumen es hasta donde yo sé la primera historia sobre este importante servicio publicada en forma de libro. Y esto no es poco.

Pero el mérito mayor del libro de Visacovsky no radica solamente (y uno podría decir que ni siquiera principalmente) en lo que nos dice de nuevo sobre la historia del psicoanálisis o de la psiquiatría en la Argentina, un campo que sólo bastante recientemente ha comenzado a ser explorado seriamente y sobre el que aún queda muchísimo por hacer. Más bien, creo que la importancia central de este libro reside paradójicamente en su contribución a un área que parece haberse puesto de moda últimamente y sobre la que ha habido una producción importante aunque desapareja en

los últimos tiempos: me refiero a la conformada por los estudios sobre las formas de constitución y usos de la memoria en la Argentina. Se podría decir (sin quitar por ello mérito al aspecto propiamente histórico del trabajo, basado, por otro lado, en una sólida investigación) que la historia del “Lanús” que nos cuenta Visacovsky se trataría en realidad casi de una excusa para penetrar en estos otros temas más amplios y analizar el proceso de construcción de la memoria, y en particular su cruce con la política.

La política ocupa un lugar central en la argumentación de *El Lanús*. Es que la memoria del servicio está inundada por la política. Como dice Visacovsky, “el *Lanús* ha narrado su pasado apelando a categorías de índole política”. La “hipótesis fuerte” del autor es que la historia política argentina después de 1955 (y se podría sin duda argumentar que antes también) ha sido una “fuerza activa proveedora de marcos interpretativos de los pasados de sectores sociales e instituciones no definidos como “políticos” (p. 23). El “Lanús” sería así una ventana a través de la cual el autor accede y nos permite acceder a un sofisticado análisis del complejo proceso de conformación de la memoria colectiva y sus contactos con la historia política reciente. Como señala el autor, el

“Lanús” constituye “un caso privilegiado para estudiar las formas de producción de imágenes públicas del pasado en la Argentina contemporánea”, imágenes públicas que, como sostenía Renan para aquellas que soportan a la nación, están conformadas por memorias selectivas y por olvidos selectivos. Y Visacovsky enfatiza adecuadamente ambas dimensiones. Es que, nos dice Visacovsky, “las imágenes del pasado del servicio del *Lanús* se sustentan en la apropiación selectiva del pasado político nacional, a través del cual los actores participantes en el campo psiquiátrico y psicoanalítico legitimaron determinadas perspectivas y estigmatizaron otras”. (p. 25)

El primero y último capítulo del trabajo –sin duda los más originales desde el punto de vista teórico y metodológico–, consisten en el resultado de un sofisticado “estudio de campo” (cabe recordar que Visacovsky es antropólogo) llevado a cabo por el autor durante unas jornadas realizadas en el año 1992 con el objeto de conmemorar los 35 años de vida del servicio del “Lanús” y al mismo tiempo celebrar los 76 años de vida de Goldenberg. Esta conmemoración, nos muestra Visacovsky, se constituyó en un espacio denso, cargado de sentido y a la vez conflictivo, lleno de contradicciones, ambigüedades, tensiones e intentos de formular memorias contrapuestas. Pero sobre todo Visacovsky se pregunta porqué estos conflictos a la vez profesionales, generacionales y, en algunos casos, simplemente personales, se articulaban a

partir de categorías políticas cuando de lo que se hablaba, supuestamente, era de una institución en principio no definida como “política”. Y es en el proceso político argentino, y en particular en el parteaguas que significó el llamado Proceso de Reorganización Nacional, donde el autor busca las razones “que expliquen por qué es el pasado político la matriz interpretativa de las narrativas del *Lanús*”. Es precisamente frente al Proceso y con referencia a él que se construyen las memorias del Lanús y que cada grupo construye su propia identidad y la del oponente.

Es que el “Lanús” representa en la memoria construida por el que podríamos llamar “grupo fundador” –Goldenberg y sus colaboradores más inmediatos–, mucho más que un servicio de psicopatología donde se podían aplicar ideas de avanzada. El “Lanús” es recordado además como un símbolo de los proyectos modernizadores que en el área de la salud mental, como en tantos otros, se intentaron implementar luego de la caída de Perón. El “Lanús” se constituyó en la memoria también como un espacio de pluralismo ilimitado tanto en lo político como en lo teórico, y al mismo tiempo como una alternativa moderna y progresista a la psiquiatría tradicional, percibida como represiva. En otras palabras, y aquí estaría el centro de la cuestión: el “Lanús” se instala en ciertos imaginarios como un símbolo de la democracia (y sus avatares) en la Argentina. Esta imagen se vio reforzada por el hecho de que el servicio

(como tantos otros) fue muy castigado durante la última dictadura, contándose miembros de su personal en la lista de desaparecidos. El problema es que en la construcción de esta memoria de pluralismo y democracia no hay lugar para todos y es precisamente en ese espacio constitutivo en el que se fundan exclusiones que se hicieron evidentes en la conmemoración, y que Visacovsky analiza con originalidad. Lo que muestra Visacovsky es que en realidad esta conmemoración de alguna manera puede ser vista como un punto de condensación de los muchos dilemas implícitos que han afectado la construcción de la memoria sobre el pasado político reciente e inconcluso de la Argentina, y esto es precisamente lo que la torna interesante. El autor se formula preguntas (que responde con solvencia) tales como ¿qué se conmemoraba?, ¿quiénes se sentían legitimados a participar en la ceremonia y quiénes eran los excluidos?, ¿en qué punto se generaban y se rompían los hilos simbólicos de continuidad?, ¿cómo se utilizaba el pasado para dirimir cuestiones sobre el presente? También ocupa un lugar central en el análisis el tema de las filiaciones. Tal como ha sido analizado para otros ámbitos, en particular para la literatura y para otros espacios de memoria, el Proceso destruyó cadenas de filiación, lo que lleva a Visacovsky a preguntarse en qué espacio se constituye el sujeto (el ego) a partir del cual se definen estas cadenas. En este sentido, el análisis que hace el autor de lo que podría caracterizarse como

la historia de la memoria del “Lanús”, cuyas contradicciones se pusieron de manifiesto en la conmemoración, constituye un modelo metodológico para el estudio de otros espacios de construcción de la memoria.

En el camino de contarnos cómo la memoria del “Lanús” fue construida y cargada de contenido político, Visacovsky la des-mitifica y nos muestra sus contradicciones internas. Así, el autor nos recuerda que en realidad el policlínico Evita fue en su momento considerado como una de las “realizaciones” del régimen peronista (en este sentido es importante destacar, como señala Visacovsky, que la elección del nombre con el cual referirse al hospital y al servicio en particular está cargado de contenido pasado y presente); que en sus años “pre-lanusinos” Goldenberg estaba inserto en el sistema psiquiátrico tradicional, que luego pasaría a ser definido como el antónimo de lo que representaba el servicio a su cargo; que el lugar que ocupaba Goldenberg dentro del campo de la psiquiatría fue el producto de procesos mucho más complejos que su mera existencia como “héroe modernizador” (y en este sentido es interesante comparar el “mito Goldenberg” con el “mito Freud”); que el mismo Goldenberg, quien luego perdería dos hijos durante la última dictadura, había colaborado en carácter de funcionario en gobiernos militares anteriores, sin duda menos sanguinarios que el último, pero no por ello menos ilegítimos; que el origen mismo del servicio estuvo muy fuertemente vinculado con un

gobierno (el de la Revolución Libertadora) de más que dudosa legitimidad democrática; y, finalmente, que Goldenberg mismo –quien debió exiliarse en Venezuela durante el Proceso– no abandonó el servicio de manera compulsiva, sino voluntaria, cuatro años antes del golpe de 1976, y para irse a un sanatorio privado: el Hospital Italiano. De paso, Visacovsky también nos recuerda que el “Lanús” no fue el primer servicio de psicopatología en ser creado en un hospital general. Pero el objetivo del autor no es, tal como él mismo lo señala, contraponer “mito” con “realidad empírica”, sino rastrear el proceso de construcción del mito y su lugar en la constitución de la memoria.

A esta altura debería ser obvio que el libro me pareció excelente. Sin embargo, no puedo evitar formular una crítica que tiene que ver con uno de los objetivos que se propone Visacovsky: la pretensión de poner en manifiesto cómo la historia política argentina reciente ha provisto marcos interpretativos a los pasados de sectores sociales e instituciones no definidos como “políticos”. Un problema surge inmediatamente al no hacer explícito el autor qué noción de lo “político” está utilizando. Se intuye que Visacovsky hace suya una definición restringida de lo político y que por lo tanto sólo entrarían dentro de esta categoría aquellos espacios de interacción social vinculados directamente con el poder y con los partidos políticos. Si esto es así, entonces su pregunta acerca de porqué la memoria de

espacios “no políticos” se carga de contenido político parece relevante. Sin embargo, las cosas (al menos en la Argentina) no son tan simples. Recordemos que una de las consecuencias del peronismo fue precisamente la politización de áreas de la vida cotidiana tradicionalmente consideradas como pertenecientes a la esfera privada. Las reglas de juego de numerosos espacios de interacción pasaron a ser definidas desde la política. Recordemos simplemente que el nombre oficial original (y actual) del hospital donde se instaló el servicio de Goldenberg era (y es) “Evita”. Por lo tanto, definir un hospital cuya identidad y orígenes estaban tan anudados con el gobierno de Perón, y un servicio que se ocupaba de la salud mental en un país y en una época en que buena parte de los debates sobre ésta en realidad escondían solo tenuemente debates sobre temas que indudablemente tenían que ver con la política<sup>1</sup> como un

<sup>1</sup> En la década de 1960, y aún antes, una parte importante de los debates dentro del campo psiquiátrico giraba alrededor de las tensiones entre reflexólogos, afiliados al partido comunista por lo general, y aquellos que proponían otro tipo de terapias. En muchos casos estas discusiones en realidad se fundamentaban en cuestiones vinculadas con ideologías políticas más que con cuestiones estrictamente teóricas. Al respecto, tengo que cometer la descortesía de citarme a mí mismo. Véase Mariano Plotkin, *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of a Psychoanalytic Culture in Argentina*, Stanford, Stanford University Press, 2001, especialmente cap. 5.

espacio “no político” es al menos problemático. Los límites entre las identidades “políticas” y las “no políticas” son, en realidad, más difusos de lo que Visacovsky parece creer. Por supuesto, el Proceso contribuyó de una manera diferente a confundir las fronteras entre lo público y lo privado, politizando las

relaciones familiares y otras áreas de interacción habitualmente consideradas como parte de la esfera privada. En cualquier caso este problema no quita méritos a un libro valiosísimo como *El Lamús*, que está destinado a convertirse en una obra de consulta obligatoria para todos aquellos interesados en temas vinculados

con la construcción de la memoria, pero que también será una referencia importantísima para los estudiosos de la historia de la psiquiatría y del psicoanálisis en la Argentina.

*Mariano Plotkin*  
IDES / CONICET